

Entonces la señora, tomándole cariñosamente la mano, dijo :

—Pedro : mi marido y yo conocemos tu deseo de ser sacerdote y hemos pensado ayudarte para que lo consigas. En octubre puedes empezar tus estudios, y cuando te veamos cantar misa, aún no consideraremos pagada nuestra deuda.

El muchacho no daba crédito a lo que oía. Permaneció unos instantes silencioso y al cabo cayó de rodillas dando gracias a Dios y sollozando. Luégo, dirigiéndose a su bienhechores, exclamó :

—¡ Gracias, gracias ! ¡ Que Dios se lo pague ! . . .

Y no supo decir más.

Así se realizó el sueño imposible del pobre pastorcillo.

ATARDECER

(PAISAJE CAMPESINO)

I

Cae la tarde : mil rumores
 brotan sin saber de dónde,
 mientras el eco responde
 a aquella cita de amor ;
 la luz acaricia el llano,
 asciende luégo hasta el monte,
 y en el lejano horizonte
 lanza un último fulgor.

En seguida, lentamente,
 con mansa melancolía,
 la postrera luz del día
 dora el último arbol ;
 en tanto que vacilante
 —como una alma desolada—
 tras de la sierra escarpada
 se desploma inerte el sol.

Las sombras cruzan el cielo
con majestad soberana,
canta alegre la fontana,
perfuma el aire la flor;
el río musita a lo lejos
melancólicas canciones,
y en la fronda los gorriones
gorjean un canto de amor.

Entre las quiebras del monte
gime el dulce caramillo,
y acalla su canto el grillo
y se adormece el trigal;
mientras la lenta vacada
desciende de la montaña,
y con perezosa maña
mugiendo sigue al zagal.

La tarde se va muriendo...
la luna entreabre su broche,
y entre sus sombras la noche
envuelve al mundo exterior:
tan sólo como pupilas,
a los cielos asomadas,
miles de estrellas plateadas
vierten su tibio fulgor.

Todo duerme, todo calla
en la sabana sombría:
es una tumba vacía
el espacio abrumador;
la fuente apenas murmura,
la brisa calla y se aleja,
y sólo triste se queja
un tiple murmurador.

**Y sus notas delicadas,
ora tristes y dolientes,
ora ligeras y rientes
cual blandos ecos de amor;**

como inquietas mariposas
que vuelan por la enramada,
cruzan la sombra callada
con misterioso rumor.

Y se alejan por la selva,
juegan con la clara fuente,
y siguiendo la corriente
van temblando al saucedal,
a despertar a las aves,
a acariciar a las flores,
y a prender nuevos amores
en el pecho del zagal.

II

De pronto rompe el silencio
de esa quietud soberana,
el tañer de la campana
que cruza sobre el alcor;
y cual ave peregrina
que se lanza a la montaña,
desde la erguida espadaña
desgrana un canto de amor.

Es el *angelus* que vibra
en aquel manso reposo,
como una oración-sollozo,
como un gemido-canción;
y con sus notas pausadas,
nuncios de una paz divina,
desde la torre vecina
van llegando al corazón.

Y despertando de paso
las aves del sentimiento,
elevan el pensamiento
hasta el Supremo Hacedor;
y llamando de su sueño
la maga melancolía,

a paz de blanda poesía
llenar el alma de amor.

Truécanse luégo en plegarias
que nacen dentro del alma,
y una inenarrable calma
reemplaza el hondo penar;
es un himno de ventura
que en una elación piadosa
sube del alma amorosa
hasta la *Estrella del mar*.

Luégo... esas notas se alejan
y en alas de raudo viento,
se van con el pensamiento,
se van sin nuestro querer;
mientras que en medio al silencio
que dejan a su partida
solloza triste la vida
los muertos goces de ayer...

Pero entretanto, allá... lejos,
en la campesina choza,
melancólico solloza
el *tiple* murmurador;
y con notas peregrinas,
flexibles como bejucos,
desgrana al aire *bambucos*
el rústico trovador;

Que mezclados a las notas
místicas de la campana,
en la quietud soberana
de aquella noche estival,
dejan impresa en el alma,
con luz de vivas estrellas,
luminosas, hondas huellas
de sentimiento eternal.

Son canciones silenciosas
que sólo modula el alma,
en la religiosa calma
de un plácido atardecer;
son estrofas nunca escritas,
sonatas jamás oídas,
de almas que viviendo unidas
nunca se tornan a ver.

III

La tarde se va muriendo...
la luna entreabre su broche,
y entre sus sombras la noche
envuelve al mundo exterior:
tan sólo como pupilas,
a los cielos asomadas,
miles de estrellas plateadas
vierten su tibio fulgor.

Todo duerme, calla todo
en la sabana sombría:
es una tumba vacía
el espacio abrumador:
la fuente apenas murmura,
la brisa calla y se aleja,
y el *tiple* ya no se queja
en la choza del pastor.

JORGE ARTURO DELGADO
Presbítero

Pasto, enero 24 de 1915.

EL GENERAL SANTANDER

UNAS RUINAS Y UNOS PERGAMINOS

Sombreados por un vetusto *dividive*, que muestra
en las ya marchitas hojas los estragos de más de cien
años de vida, encuéntranse unos *muros* derruídos, en
cuyas grietas buscan guarida los *buhos* y arman nido